

Manuel María Madiedo, gobernador de Neiva, primer teórico del socialismo cristiano

DELIMIRO MORENO*

Del 11 de octubre de 1848 al 31 de mayo de 1849¹, —durante la primera administración nacional del gran General Tomás Cipriano de Mosquera—, gobernó la entonces Provincia de Neiva el “precursor en Colombia de una política social cristiana en el sentido actual”², Manuel María Madiedo, nacido el 14 de septiembre de 1815 en Cartagena de Indias y muerto en Bogotá hace un siglo, el 6 de septiembre de 1888³.

Llevó una agitada existencia de periodista combativo, poeta de cierta inspiración, novelista de alguna fortuna de cuadros costumbristas; médico homeópata, practicante del espiritismo unas veces, católico ferviente siempre; político discolo acusado de variable, y pensador profundo que “fragua los materiales de un socialismo cristiano auténtico en un libro denso y orgánico:⁴ *La Ciencia Social o el Socialismo Filosófico*⁵.

* Periodista, escritor, miembro de la Academia de Historia del Huila.

1. Restrepo Sáenz José María. *Gobernadores y Próceres de Neiva*, Biblioteca de Historia Nacional. V. LXIII, edit. ABC, Bogotá, 1941, Pág. 350.
2. Jaramillo Uribe Jaime, *El Pensamiento colombiano en el siglo XIX*, edit. Temis, Bogotá, 1964, pág. 350.
3. Restrepo Sáenz, op. cit, pág. 350.
4. García Antonio, *Gaitán y el problema de la revolución colombiana*, Bogotá, sf. pág. 91.
5. Madiedo Manuel María, *La ciencia social o el socialismo filosófico. Derivación de las grandes armonías morales del Cristianismo*; impreso por Nicolás Pontón,

Su obra literaria, olvidada por mucho tiempo, ha sido parcialmente revaluada ahora por los científicos sociales Jaime Jaramillo Uribe, Antonio García y Gerardo Molina y los críticos literarios Javier Arango Ferrer y Eduardo Pachón Padilla, entre otros.

Periodista

Madiedo, según Restrepo Sáenz, fue “fecundísimo escritor y publicista cuyo nombre se hizo conocido más allá de la patria”⁶.

Se inició muy joven en el periodismo, siempre según Restrepo, y ya en 1832, a los 17 años, colaboraba en su ciudad natal en el periódico “Veterano de la Libertad” y luego en Bogotá, en 1837, en el “Investigador Católico”. En Ibagué redactó “La Imprenta” y “La Voz del Tolima”, de 1851 a 1853; y en Bogotá dirigió “La Voz de la Patria” (1864-1865), “El Catolicismo” (1868) y “La Ilustración” (1870-1876).

Además, Antonio Cacia Prada en su anecdótica *Historia del Periodismo Colombiano* lo cita como colaborador entre otros de “El Neogranadino”, bajo la dirección de Manuel Murillo Toro; “La Tribuna” de Eladio Vergara; el diario “El Telegrama”; las revistas “El Mosaico” y “La Patria” y como director del semanario “El Museo Literario”⁷.

En realidad, publicó sus artículos en casi todos los periódicos que en su tiempo circularon en Bogotá y varias ciudades del país y la compilación de sus escritos periodísticos produciría muchísimos volúmenes, no todos de óptima calidad, como ocurre casi siempre en este tipo de publicaciones.

Narrador

Como novelista, fue autor de *Nuestro siglo XIX. Cuadros Nacionales*, vapuleado por el pintoresco zoilo jesuíta Pablo Ladrón

6. Restrepo Sáenz, op. cit. pág. 350.

Cabe señalar además que la palabra “publicista” se usa aquí en el sentido de la Academia de la Lengua: “Persona que escribe para el público, generalmente de varias materias”; y no en el de la acepción de nuestra América de “agente de publicidad”.

7. Cacia Prada Antonio, *Historia del Periodismo colombiano*, ediciones Sua, Bogotá, sf, págs. 53, 57, 62, 73, 83, 98, 107 y 109.

de Guevara⁸, quien citando a Isidoro Laverde describe así la obra: “Toca a veces, por lo desnudo del lenguaje y lo inusitado de la pintura, en los límites del naturalismo más refinado, propio de Zolá y otros autores. . . ” lo cual le parece muy mal al ingenuo sacerdote.

Para Ladrón de Guevara, nuestro autor en su novela *Una Gran Revolución*, “se muestra declaradamente incrédulo y trabaja por persuadir la incredulidad en la otra vida” y eso a pesar de que “se convirtió, movido e iluminado con un suceso prodigioso que le sucedió (sic) en una de sus evocaciones”. . . de sus primigenias “malas ideas espiritistas”⁹.

Más serio, Eduardo Pachón Padilla, el entusiasta investigador de nuestra narrativa, dice a propósito del escritor: “Con sus cuadros “El Contrabandista” y “El Boga del Magdalena” podría considerarse como el posible antecesor de la hoy vibrante corriente narrativa de los escritores del litoral norte colombiano”¹⁰.

Y el más serio y documentado crítico de la literatura colombiana del género, Antonio Curcio Altamar, observa: “El primer intento de describir los paisajes y costumbres populares del bajo Magdalena lo realizó con demasiada emoción Manuel María Madieto en *La Maldición* (aparecida en “El Mosaico”, Bogotá, septiembre 24 de 1859 - febrero 11 de 1860), desplegada en las cercanías de Mompós, en medio de las supersticiones y leyendas de los bogas y con reminiscencias de las célebres batallas del General Maza en Tenerife. Hay que encomiarle a Madieto la evocación de una naturaleza gloriosa y trágica, así como la reproducción fiel del lenguaje costeño, aunque resalten excesivamente en *La Maldición* los empeños de construir coloquios. Madieto tenía anunciada en 1846 otra novela, *El Desconocido*, que probablemente no vio la luz. Ojalá yo —decía— consiguiera el objeto que me he propuesto al trabajar este gran drama público (se refiere a las dos mencionadas novelas) cuyo plan estaba trazado (. . .) antes que el ilustre

8. Ladrón de Guevara Pablo, *Novelistas malos y buenos*. Imprenta Eléctrica, Bogotá, 1910, pág. 222.

9. *Ibíd.*, pág. 222.

10. Pachón Padilla Eduardo, *El Cuento: Historia y análisis*, en el *Manual de Literatura Colombiana*, Procultura, Tomo II, edit. Planeta, Bogotá, 1988, pág. 253.

nombre de Eugenio Sue atravesara el océano y formara un gran eco en el Nuevo Mundo”¹¹.

Poeta

Entre sus poesías, “que pueden considerarse como mediocres, sobresale el canto “Al Magdalena”, “original, brioso, selvático, bajo su vestidura netamente castellana” según un acertado crítico¹², afirma Restrepo Sáenz quien reconoce su propia incapacidad en estas lides valorativas de la poesía.

Porque menos negativo con respecto a esta faceta de su personalidad se muestra el autorizado analista Javier Arango Ferrer, quien, en nota que por su importancia en el asunto citamos “in extenso”, afirma:

“En Manuel María Madiedo (1815-1888) están naciendo los temas vernáculos. El romanticismo nacionalizó las literaturas. Los dioses paganos visiblemente desacreditados fueron objeto de sátiras por parte de los poetas, como fue el caso de José Angel Manrique, muy a principios del 800, en su poema burlesco “La Tocaimada”. A su turno Madiedo refleja la poca simpatía con que eran tratados los dioses mayores y menores del Olimpo grecolatino por los primeros románticos. En su canto “Al Magdalena” dice:

*Qué fuera aquí la fábula difunta
de las ninfas de Grecia afeminada,
al lado del tremendo cocodrilo
que ronda los misterios de tus aguas?*

*Oh, qué serían sátiros y faunos
bailando al son de femeniles flautas,
sobre la arena que al caimán da vida
en tus ardientes y desiertas playas!*

11. Curcio Altamar Antonio, *Evolución de la novela en Colombia*, Biblioteca Básica Colombiana de Colcultura, No. 8, Editorial del DANE, Bogotá, 1975, pág. 129.

Habría que observar aquí que para el gusto moderno “los empeños de construir coloquios” que tan excesivos le parecen al Curcio Altamar, ya no son una tara sino una cualidad literaria.

12. Restrepo Sáenz, op. cit. pág. 351

Y naturalmente aparecen los bogas ya legendarios de aquellas épocas cuasiheroicas de la navegación en el río nutricio que por varios siglos fue el camino de la economía colombiana:

*Yo los he visto en una oscura noche
dando a los aires la robusta espada,*

*Yo los he visto en derredor del fuego
danzar al eco de sonora gaita,
mientras silbaba el huracán del norte
sobre tus olas con sañuda rabia*

*Yo te saludo en medio de la noche,
cuando en un cielo plácido y sin mancha
mira la luna en tus remansos bellos
su faz rotunda de bruñido nácar.*

José Joaquín Ortiz prologó su libro de *Poesías* (Imprenta de la Nación, Bogotá, 1859). Salvador Camacho Roldán, su contemporáneo, dice del romance endecasílabo "Al Magdalena" que ese poema "vivirá mientras nuestro río arrastre sus turbias ondas al través de soledades cubiertas de ceibas y caracolies. . . Las soledades son ahora mayores y el paisaje ha recuperado su fuerza y su misterio, sin testigos. El poema de Madiedo fue olvidado por el aula y el propio río Magdalena por las compañías fluviales para los viajes de Julio Verne que frecuentaban gentes amiantes de la lentitud por esos anchos, salvajes panoramas, no igualados en amaneceres, crepúsculos y tempestades. Ahora los antiguos buques de rueda, movidos por máquinas de vapor, oxidan sus esqueletos en los cementerios fluviales de Barranquilla". . . . Manuel María Madiedo fue un arquetipo de su tiempo y un hombre culto en Filosofía y otras yerbas. El crítico José J. Ortega en la breve noticia de su historia literaria, habla del "fecundísimo escritor", dueño "de las más extrañas teorías. . . perdidas en un laberinto de ideas confusas, especialmente en Filosofía, mezcladas con rasgos de ingenio". La polémica, propuesta por el ilustre levita, vendría de perlas para una tesis de Licenciado en Filosofía y Letras.

En su libro de *Poesías* conté 124 composiciones precedidas de un erudito estudio sobre métrica y preceptiva poéticas, de grande interés para el estudiante por las enseñanzas que seguramente le aportará sobre la retórica de aquellos lejanos y superados tiempos del siglo XIX. Como José Eusebio Caro en sus primeros poemas,

Madiedo tuvo predilección por la poesía tremendista de cementerio con la consabida utilería nocturna de los románticos. Su poema "La Noche en el cementerio" indica que el poeta solía visitar a los muertos en horas no previstas por el reglamento, por "La Danza Macabra" de Saint Saens ni por las momias de Guanajuato, celosas de sus ritos nocturnos, sin testigos:

*Oh, cuán dulce es en la noche
estar entre los sepulcros,
oyendo de vez en cuando
el triste canto del búho. . . !
Y mientras los muertos duermen
entre sus lechos profundos,
mirar en las blancas tumbas
de la luna el claroscuro!
Oh, cuán dulce es con la muerte
hablar en silencio mudo,
sobre la nada del hombre
y sobre su vano orgullo. . . !
No hay campo más elocuente
que el campo de los difuntos,
que duermen entre los sauces
en un reposo nocturno;
oír el céfiro manso
que bajo de un cielo puro,
mueve en la callada noche
las ramas y los bejucos;
oír sus suaves alas
que en funerario susurro
remedan el prolongado
suspiro del moribundo;
y escuchar de una campana
el eco triste y agudo
venir de lejana torre
con religioso murmullo. . .*

Por los fragmentos de estos dos poemas se advierte que Madiedo no fue víctima de los excesos románticos. Por el contrario, realizó la sencillez posible en los primeros años del siglo XIX aún afectados por el énfasis seudoclásico y ya invadidos por las hojarasca románticas de las que llenaron canastadas sus contemporáneos, comenzando por José Eusebio Caro, en quien los críticos de la vie-

ja guardia reconocen al más grande de los románticos colombianos. Madiedo dosificó el lirismo, lo que ha sido en todos los tiempos condición de buen gusto literario. Su libro en pequeña y pulcra edición podría servir de modelo para razonar la estilística de nuestros primeros románticos. Menéndez y Pelayo se preguntaba si Madiedo sería un hombre de color, basado en la aversión del poeta hacia los españoles. El grabado de sus *Poesías* es la viñeta de un hombre gallardo, de cabellos lacios, barba ondulada, facciones finas y expresión melancólica. Este cartagenero, tan interesante como desconocido, no sólo visitaba las tumbas en las noches de luna sino que cultivaba relaciones espiritistas con los muertos”¹³.

Pensador

Pero en el campo en que definitivamente es más sustantivo Madiedo es en el de pensador y divulgador cristiano socialista, profundamente católico y conservador, más estudiado por investigadores de la otra orilla ideológica que han reconocido la originalidad de su pensamiento, y curiosamente olvidado por los hombres de su partido, que hoy se proclama “social conservador”, lo que le habrá complacido mucho a quien primero unió esos conceptos y palabras en Colombia.

Buceando en esa actitud, los modernos editores de *La Ciencia Social o el Socialismo Filosófico* dicen: “Es frecuente en Colombia calificar al socialismo de doctrina exótica, de reciente importación. Lo que se ignora, o de mala fe se omite, es que la “importación” del pensamiento socialista es tan antigua como la del liberalismo y el conservatismo, también foráneos” y “tal vez el más claro exponente de ese temprano conocimiento del pensamiento socialista en Colombia fue Manuel María Madiedo”¹⁴.

Antonio García, el teórico socialista más completo que hasta ahora ha producido Colombia, dice en su biografía de Gaitán: “Sorprende el que un hombre como Madiedo —encerrado en el hermético recinto de su patria y su partido— haya logrado hacer una cons-

13. Arango Ferrer Javier, *Raíz y desarrollo de la literatura colombiana*, en *Historia Extensa de Colombia*, Vol. XIX, ed. Lerner, Bogotá, 1965, págs. 214 a 217.

14. Contracarátula de *La Ciencia Social o el Socialismo Filosófico*, ed. Incunables, Bogotá, 1982, edición que modifica en su carátula el título de Madiedo cambiando “filosófico” por “científico”, acaso porque los reeditores creyeron más “comercial” este último adjetivo entre sus posibles compradores izquierdistas.

trucción tan sistemática y profunda como *La Ciencia Social o el Socialismo Filosófico. Derivación de las Grandes Armonías del Cristianismo*¹⁵.

Aunque más seriamente crítico a este respecto, Gerardo Molina va más lejos en su apreciación de su original papel de pionero intelectual: "Antes de que los pontífices romanos se propusieran exponer la doctrina social de la Iglesia, un colombiano inquieto acometió esa empresa. Que lo haya logrado es discutible, pero al menos hizo el intento"¹⁶.

Y precisa: "Se trata de don Manuel María Madiedo, en cuya formación se perciben las lagunas del autodidacta. Su erudición fue notable, pero su marcada propensión a filosofar, sobre todo en la más conocida de sus obras *La Ciencia Social o el Socialismo Católico*¹⁷ le oculta el sentido de lo concreto, de aquello que constituye el sentido de la política y de la sociedad".

Jaime Jaramillo Uribe lo cree más "aterrizado", justamente, y por eso dice: "Es uno de los primeros hombres de su generación que se resuelve a plantear en términos políticos el grave problema de la miseria campesina y de la concentración de la propiedad territorial, del latifundio colonial que la República había dejado subsistir y que el pensamiento liberal de las primeras décadas de vida independiente apenas si se había atrevido a rozar"¹⁸.

15. García, op. cit. pág. 91.

16. Molina Gerardo, *Las ideas socialistas en Colombia*, ed. Tercer Mundo, Bogotá, 1987, pág. 157 y ss.

17. El profesor Molina también cambia el título a la obra de Madiedo quien no habla de "socialismo católico" sino "filosófico". Lo hace acaso para insistir en que lo fundamental en el pensamiento y en la biografía de Madiedo es su catolicismo, que explica toda su vida en la aparente volubilidad de sus actuaciones políticas, en realidad coherentes con su pensamiento cristiano, pues creía más importante la aplicación de éste que las etiquetas partidistas. Por eso Molina concluye acertadamente cuando indica que "el socialismo católico de Madiedo tiene más de catolicismo que de socialismo" y que éste no tiene ninguna huella de marxismo, pues "se ve que no leyó a Marx", a pesar de que cuando apareció el libro *La Ciencia Social y el Socialismo Filosófico* el eximio pensador alemán llevaba más de 25 años de trabajo doctrinario. No es muy justa, sin embargo, la exigencia de Molina de que Madiedo hubiera leído a Marx en vista de que ningún otro pensador colombiano lo había hecho tampoco en esa época. El primero en hacerlo fue Rafael Núñez, quien evidentemente no tenía ningún interés en divulgarlo, si acaso lo comprendió en toda la magnitud de su extraordinaria construcción teórica, lo cual es bien dudoso, dicho generosamente con el Regenerador.

18. Jaramillo Uribe, op. cit. pág. 213.

En los tiempos modernos, acaso por la admiración que hacia nuestro personaje han sentido Antonio García y otros teóricos de izquierda y el desvío con que lo miran sus copartidarios social conservadores, su figura intelectual ha sido discutida y aún desfigurada, pues se ha sobrestimado su "socialismo" y minimizado su pensamiento cristiano, olvidándose además de sus facetas doctrinarias.

El Profesor Molina¹⁹, a pesar del radicalismo que campea en sus apreciaciones sobre los pensadores colombianos del siglo XIX, por lo que tiende más a juzgarlos que a comprenderlos, hace del pensamiento y la vida de Madiedo un cuadro justo: "Lo que le dió cierta coherencia intelectual fue su exaltada fe religiosa. En el cristianismo veía la norma única para regular la conducta de los pueblos y en el Decálogo perenne de la sabiduría"²⁰.

Primer analista crítico de la revolución de la Independencia, Madiedo señaló que ésta había defraudado las ilusiones del pueblo, pues lo que hizo fue entregarlo al despotismo de los criollos, cuyos partidos políticos —liberal y conservador— defendían en el fondo cosas parecidas. "Por lo mismo que no veía diferencias sustantivas entre los bandos enemigos, Madiedo acabó proponiendo el acuerdo entre ellos, siempre que el liberalismo eliminara su "ala roja" y los conservadores desistieran de su alianza con el clero y la aristocracia. Por eso Jorge Orlando Melo cree que Madiedo preparó el terreno para la Regeneración, pues Núñez siempre contó como plataforma de trabajo con un partido en que hubiera liberales y conservadores"²¹.

Como se ve, Madiedo nos resulta hasta precursor del Frente Nacional, que todavía (a pesar del "nuevo" esquema gobierno-oposición) maladministra a Colombia.

Molina señala cómo para nuestro pensador y político los radicales fueron su "bestia negra" a quienes acusó de todos los males del país, porque su ateísmo militante chocaba claramente con la con-

19. Molina, op, cit. pág. 157.

20. *Ibidem*, pág. 159.

21. *Ibidem*, pág. 163.

cepción religiosa cristiana aunque no clerical²² del pensador cartagenero. Y que tampoco puede definírsele como “socialista” y demócrata en el sentido general de los términos, porque fue antes que todo un cristiano y un enemigo del sufragio universal. Sin embargo, Molina está de acuerdo con Jaime Jaramillo Uribe cuando conviene en que “una de las pocas ocasiones en que Madiedo se expresa como socialista es cuando le niega a la propiedad territorial el carácter de bien absoluto”²³ y lo cita: “No es necesaria una gran penetración para comprender que la propiedad territorial es una usurpación antigua, como todas las demás usurpaciones que sirven de base al orden social entero”²⁴.

Jaime Jaramillo Uribe en *El Pensamiento Colombiano en el siglo XIX* realiza el mejor y más lúcido escrutinio del pensamiento y la obra de Madiedo. Empieza señalando los “abundantes y heterogéneos elementos positivistas”²⁵ que se encuentran en su obra en la cual “la historia es interpretada a partir de un trasfondo teológico cuyas experiencias básicas son el pecado, que no es otra cosa que la ruptura de la edad idílica de la Humanidad, provocada por la creación de la propiedad territorial, fruto de la violencia y de la ambición incontrolada de algunos hombres, y la redención introducida por el cristianismo que devolvió al hombre la posibilidad de la libertad y el progreso”²⁶.

22. En uno de sus libros menos conocidos *El dedo en la llaga* (Caracas, Imprenta Federal, 1876) Madiedo acusa a los criollos más ricos aliados a parte fundamental del clero como “responsables de las guerra civiles y de todos los escándalos y de todos los crímenes y de todas las desgracias de la América española”. Deslindando claramente de las doctrinas de Cristo a ese clero corrompido por el criollaje altanero y colonialista, lo denuncia con palabras muy duras porque “se ha extraviado, apoyando a los fuertes contra los débiles, a los soberbios contra los humildes, a los grandes contra los pequeños; y por “haber hecho causa común con los enemigos de las causas populares”. Y explica: “Mientras el criollaje aristocrático se asiló en la Iglesia para hacerse fuerte contra la idea popular democrática, el pueblo a su vez se acogió a los cuarteles, en donde el conflicto general de la guerra de la Independencia había mezclado todas las condiciones sociales ideadas por el sistema colonial”. En sus ataques al clero —tan duros como los de los más agresivos radicales— se cuida siempre, al contrario de estos, de mezclar en su crítica a la religión cristiana misma, que para él permanece impoluta, a pesar de los errores y crímenes de sus jerarcas. Esta actitud le ha valido, históricamente, el desdén con que lo ha mirado el clero colombiano, que no lo separa de los demás anticlericales y lo condena con ellos en un sólo saco de reprobación.

23. Molina, op. cit. pág. 163.

24. *Ibidem*, pág. 163.

25. Jaramillo Uribe, op. cit. pág. 205.

26. *Ibidem*, pág. 205.

Inspirado en Rousseau y Saint Simon, pero sobre todo en Proudhon a pesar de que los denunciara siempre como peligrosos “comunistas” y enemigos de la Iglesia, Madiedo cree con Bastiat en la “existencia de una ley universal de armonía, y con Rousseau y los románticos afirma la bondad originaria del hombre y su corrupción a través de instituciones civilizadas como la propiedad. Del movimiento de ideas cuyo origen se remonta en Francia a Ballanch, recibió el impulso hacia una síntesis entre cristianismo, liberalismo y progreso; de Prodhon tomó la idea de que la fuente de todas las injusticias sociales es la propiedad territorial, y de Saint Simon el concepto de que el gobierno ideal sería aquel en que una élite de técnicos e intelectuales fuera la clase gobernante”²⁷.

Y tiene una concepción utópica y tecnocrática del Estado; confía en la desaparición de los gobiernos, como cualquier anarquista, pues los considera como un mal transitorio de la Humanidad, susceptible de ser eliminado por el progreso técnico y la educación. En el proyecto de Constitución insertado en *La Ciencia Social*, que Molina considera muy débil, Madiedo expresa sus particulares puntos de vista sobre este tema, así: “La teoría de la constitución de un pueblo, se funda en los elementos constitutivos del hombre como elemento social. Constituir un estado cualquiera es darle una ley fundamental; es trazar el plan político y civil del orden y la marcha de la sociedad; es formar el zócalo del vasto edificio social, sobre el cual debe construirse el todo de la vida de un pueblo”²⁸.

Sin embargo, en el mismo libro opinaba: “Los gobiernos no son la esencia del hombre. El gobierno es un remedio venenoso aplicado a una úlcera humana: el desconocimiento de cuatro palabras: respeto al derecho ajeno”²⁹. En esta sola frase tenemos ya ecos de Bakunin y de Benito Juárez.

Su proyecto de constitución constaba de solo catorce artículos, que consideraba suficientes pues, “en resumen, una constitución no es más que el conjunto de las verdades fundamentales sobre las que reposa el gobierno; la regularización de la fuerza de la sociedad con el objeto de contener los desbordes de la fuerza injusta de los

27. *Ibidem*, pág. 206.

28. Madiedo, *op. cit.* pág. 305.

29. *Ibidem*, pág. 157.

particulares”³⁰. Y agregaba: “Una Constitución no debe entrar en detalles (...) por lo mismo, nada debe decir sobre religión; este es un asunto del dominio de la conciencia individual, sin enlace necesario con la vida intelectual o material de los demás miembros de la especie”³¹. No pedía pues este ferviente católico que el nombre de Dios estuviera en la Constitución. Estaba de acuerdo, pues, con los radicales de su tiempo y los liberales de hoy en la total separación de la Iglesia y el Estado.

Finalmente, el sector privilegiado en su Constitución era el de los padres de familia —o los hombres casados, simplemente— pero no las mujeres a las cuales consideraba apenas “como un ser complementario del hombre”³².

En el aspecto en que resulta más concreto es en su planteamiento en términos políticos del grave problema de la miseria campesina y de la concentración de la propiedad territorial.

Como un eco de las ideas de sus autores predilectos arriba señalados, “fue uno de los primeros escritores colombianos del siglo pasado que planteó el problema del pauperismo de los sectores obreros y campesinos, al lado y en contraste con el aumento de la riqueza y su concentración en pocas manos, como un peligro para la estabilidad social y como el verdadero punto de divergencia y emulación de los distintos matices del pensamiento político”³³.

“No es admisible la adquisición indefinida de la tierra —dice en su capítulo sobre los abusos sociales del derecho de propiedad— porque esa adquisición a título de propiedad definitiva no es de derecho natural, de derecho originario, sino una creación social artificial, impuesta como un dique a los excesos cometidos contra

30. *Ibíd.*, pág. 317.

31. *Ibíd.*, pág. 316.

32. *Ibíd.*, pág. 209.

33. Jaramillo Uribe, *op. cit.* pág. 212.

el fruto del trabajo rural ajeno; así como la investidura del poder público del gobierno no debe admitirse indefinidamente, porque va a dar al despotismo, tampoco puede admitirse la adquisición indefinida de la tierra, porque también va a parar al despotismo”³⁴.

Más este “comunismo agrario” no lo extiende al comercio y la industria, sectores de la producción que tal vez por su escaso desarrollo en el país, considera deben permanecer en la esfera de la propiedad privada, la cual defiende ardorosamente en contra de los socialistas, los comunistas y todos los pensadores utopistas del siglo XIX. Y eso que comprendía muy bien cuál era el meollo del asunto, como que escribía: “La cuestión económica es enteramente cuestión científica. Hablamos de la marcha del progreso social general, del aumento de las poblaciones con el aumento de las necesidades que la misma civilización crea, marchando a la par con el aumento de medios para satisfacer esas necesidades crecientes de cada hombre, de cada familia, de cada pueblo. Esta es una de las cuestiones más graves para el mundo; porque con los progresos que diariamente alcanzan las ciencias físicas y matemáticas, la facultad de producir se concentra en pocas manos, se monopoliza en unos poquísimos capitalistas, y dejando de ser productoras las masas, o siéndolo de una manera reducida respecto de las máquinas de que son dueños los grandes propietarios y hombres de alguna capacidad económica, se viene a establecer el hambre como estado normal de los pueblos, agonía convulsiva que ha de mantener sin conciliar el sueño a los hombres de estado, y a la sociedad entera en una situación tan dolorosa como alarmante”³⁵.

Jaramillo Uribe, finaliza observando que “tampoco propone una solución cooperativa ni la creación de pequeñas propiedades, ni el regreso a una forma comunal de la propiedad como el resguardo de indígenas que había conocido la época colonial. Recomienda, en cambio, la institución de la comunidad de bienes —que Madiedo llama comunidad superficiaria— reconocida por el código civil francés en la forma de herencias indivisas o propiedades de varios

34. Madiedo, op. cit. pág. 125.

35. *Ibidem*, págs. 38 y 39.

miento, como fuente de toda ética y todo derecho, o más escuetamente, como patrón básico de valoración política y moral, y fuente de ideales; que, en últimas, lo bueno y lo malo se han de apreciar según la conformidad o disconformidad de la conducta con la propia naturaleza y su preservación o su conculcación de la dignidad humana. Así, frente a la imposición de valores, se tendrían la persuasión, la convicción racional, y a cambio del autoritarismo y el absolutismo, una voluntad colectiva, un propósito común y solidario de superación.

A esta altura de mi vida, pudiendo como Jano contemplar el tiempo en las dos direcciones, y debiendo hacerlo, prefiero otear el futuro. Me seduce imaginarlo. Observo las tendencias generalizadas a la paz, a la seguridad, a la justicia, un mayor interés por los derechos humanos y los deberes sociales de cada quien, el reconocimiento de que el progreso depende en buena medida de la iniciativa individual, y me entusiasmo imaginando un porvenir sin tantas angustia, zozobra, rivalidad, violencia, fanatismo. Deseo vislumbrar a nuestro país dos generaciones adelante, ya integrado física, étnica, social, económica y culturalmente, adulto, seguro de sí mismo, pensando en soluciones propias y volcado sobre ellas, superado ya el espíritu de pesimismo que nos deprime y consume, con ciudadanos participantes y comprometidos con su patria.

Considero que este ha de ser el espíritu de nuestro tiempo; que hemos de reaccionar individual y colectivamente contra la cobardía, el canibalismo, la insolidaridad, y abrigar la certeza de nuestro poder de superación. Las llagas nacionales que apestan y nos avergüenzan no son inherentes al alma colombiana, son epidemias, pero que no van a pasar por sí solas y que implicarán un período de convalecencia, que habrán de atender los más de Uds.: las nuevas generaciones, altivamente, rompiendo con el presente, recuperando la tradición nacional genuina y valedera, y conquistando el futuro: con iniciativa, con novedad buscada audazmente; habiendo de recrear nuestro universo humano, si fuere necesario.

Y a la realización de tales esperanzas ha de contribuir decidida y definitivamente la Universidad; una universidad que, obtenida una educación secundaria universal y abiertas distintas posibilidades de adquisición de destrezas y habilidades para una inserción decorosa del joven en el mercado de trabajo, se consagre sustancialmente a la investigación: científica, tecnológica, social y cultural, hoy rele-

gada o apenas incipiente, en aras de una habilitación profesional masiva.

A diferencia de tantos que vaticinan con fruición los peores cataclismos y se esmeran en una visión apocalíptica, mi parecer es optimista, como corresponde a mi raíz positivista; creo en la perfectibilidad del ser humano, en el progreso, lo repito, en su capacidad de superación; y en contra de quienes con ligereza o ceguera no quieren reconocer las mejoras del país, palpo y aprecio su desarrollo, sus avances en muchos aspectos, comenzando por los fundamentales, en medio de verdaderas encrucijadas y contradicciones incomprensibles hasta para nosotros mismos. Muy seguramente hay que acelerar el ritmo y el ámbito de la transformación, pues las expectativas y exigencias, tanto de las grandes masas, como de las pequeñas minorías no dan espera; y todo ello implica una voluntad y una posición de sacrificio, de renuncia, de austeridad, que deben propiciarse antes de que el cambio resulte impuesto inopinadamente.

La irrupción de jóvenes ansiosos de realizarse, bien dotados intelectualmente, provistos de conocimientos, despojados del lastre de muchos prejuicios, anima e infunde tranquilidad y confianza. Es seguro que vendrán tiempos mejores, a pesar del pesimismo tradicional, a cuya contrariedad se habrá de refinar una nueva Colombia, para todos.

Los elogios desmesurados del señor presidente Alfonso López Michelsen, cuya sola presencia enaltece este acto, me conmueven y abruma. Sus apreciaciones me inducen a creer que he sido fiel a la promesa que hiciera de entrega total al Externado y a una progenie intelectual y moral. Halagos de enrumbar mi vida hacia otros servicios públicos, con oportunidades de figuración y conducción política, se me presentaron y tentaron. Sin haber desdeñado ni eludido el servicio civil, compartido con la Universidad, preferí sin vacilaciones permanecer en ella, y con sinceridad digo que no siento nostalgia, ni pesadumbre. En recompensa, un estadista y dirigente político de las calidades humanas e intelectuales del doctor López, me engalana con su reconocimiento y con el encomio del oficio de la lección cotidiana. Su amistad me enorgullece; creo haberla ganado en la comunión teórica y práctica de un pensamiento democrático, liberal y pluralista, y su deferencia de siempre para conmigo me honra y halaga.

Luis Fernando Gómez, uno de los frutos mejores y más auténticos de esta casa, pensador profundo e independiente, caracterizado por su sinceridad, rebasó con creces la medida de la generosidad. Muchas batallas hemos librado juntos por preservar dentro y fuera de la Universidad su espíritu. En sus palabras percibo el aliento, el cariño y la solidaridad de los externadistas, a quienes debo bastante de lo que soy y cuanto más de lo que he podido hacer.

Señor Ministro y caro colega Manuel Francisco Becerra: tengo muy en alto la condecoración que usted me impone a nombre del Gobierno Nacional y que recibo, más que como reconocimiento de ejercitaciones pasadas, a manera de estímulo para preservar y avanzar en el más gratificante de los oficios: la educación, y la valoro tanto más cuanto viene de sus manos jóvenes, pulcras y amigas.

Aprecio la salutación de la Unión de Universidades de América Latina, como también la medalla de la Universidad Nacional Autónoma de México, y la asistencia de su ilustre Secretario General, doctor José Luis Soberanes. Ellas me llegan muy hondo por el afecto que destilan y la renovación de solidaridad latinoamericana que expresan.

Permítanme que en medio de la alegría de que disfrutamos evoque reverente la memoria de los predecesores en la dirección y el profesorado de la Universidad, como también la de nuestros compañeros y servidores de ella, definitivamente idos, que comparta este homenaje con sus directivos, catedráticos y empleados, y que mencione, por todos, al doctor Antonio Rocha, dolorosamente ausente hoy, a Gonzalo Vargas Rubiano y Manuel Cubides Romero, paradigmas de lealtad y discreción, a Rafael Poveda Alfonso, descubridor temprano de mi vocación, a Carlos Restrepo Piedrahita, mi cómplice en el culto del credo radical. La visión, la entrega y el sacrificio de todos, antiguos y actuales, han hecho posible y realizado paulatinamente esta obra maravillosa que llamamos Externado.

Me enterece y regocija la reunión de tantos amigos, Otra vez la familia externadista se congrega y vibra emocionada. Conozco este rito desde mi infancia y a fe que es conmovedor: una comunidad de varones y mujeres libres, que, donde quiera que se encuentren, al escuchar el clarín de la fraternidad, acuden prestos, venciendo distancias y dificultades, a celebrar las efemérides de la institución o los hitos cronológicos de sus gentes, o a enterrar a sus muertos, y

que procederían aún con más empeño y pasión, a defender la integridad física y moral de ella, tan suya, si fuere menester.

Hace una semana, al escuchar las voces y palmas de la muchachada en su alegre serenata de mediodía, volví a decirme casi estático, hoy y lo repito: qué bella es la vida y cómo ha sido de pródiga conmigo! Anotaba Renan que "la democracia es un plebiscito de todos los días"; quiero entender estas conmemoraciones como reafirmación de confianza. Ahí estaré mientras la comunidad universitaria la mantenga y en tanto su benevolencia y mis fuerzas me alcancen. Para mí el cauce es definitivo.

A cada cual de ustedes, cuyo rostro y nombre retendré entrañablemente, gracias rendidas de corazón, por su compañía, su consejo, su apoyo y su respaldo en todo momento, por su fervor y su amistad. Muchas gracias, personalmente y a nombre de Consuelo, identificada conmigo en anhelos, devociones y reconocimientos.